



Asociación para el Estudio de Temas Grupales,
Psicosociales e Institucionales

AREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 5 – Otoño - Invierno 1997

Maras: Comunidades-Síntoma en El Salvador

Carlos Domínguez Morano (1)

“El que mierda come, mierda piensa.

Yo sin ser muy estudiado, eso es lo que digo”

Un joven marero

La propuesta era amplia: un trabajo sobre organizaciones comunitarias en El Salvador. Al llegar al país, después de tres años desde la última estancia, comencé a tantear posibilidades en diversos ambientes de la sociedad salvadoreña. No acertaba a encontrar un material satisfactorio. Decidí entonces ponerme a la escucha. Y lo primero que oí fueron disparos (no sólo metafóricamente, los reales, como lo más habitual, también se oyen cualquier noche por cualquier zona de la capital) el aire de El Salvador está cargado de violencia. Prensa, radio, televisión se hacen eco de ella a diario. Las noticias sobre asaltos, robos, asesinatos, secuestros y violaciones son motivo continuo de comentarios. Para los turistas que se atreven a visitar el país se ofrecen unas camisetas con el siguiente lema: *Pasé una temporada en El Salvador y he sobrevivido sin una bala en el cuerpo*. El humor y el comercio intentan banalizar así un asunto que genera una evidente angustia colectiva.

Ante este panorama sombrío que envuelve la vida de El Salvador, mi interés se desplazó de inmediato hacia una de las agrupaciones más características que de continuo salen a relucir en los medios de comunicación: las *maras*, es decir, las comunidades juveniles violentas y delincuenciales. Ellas son la expresión y el síntoma de la violencia dispersa que, después de 12 años de guerra, azota la vida del país. Como organización y estilo de vida comunitario poseen unas características que las diferencian notablemente de otras agrupaciones juveniles análogas existentes en otros países. Para comprenderlas, se

¹ *Carlos Domínguez Morano es psicoterapeuta. Granada.*

hace imprescindible acercarse con cierto detalle al particular clima de crispación que caracteriza hoy día a la sociedad salvadoreña.

La violencia dispersa

El Salvador vive en un clima de violencia declarada desde hace ya muchos años. En 1932 tuvo lugar una rebelión popular que acabó ahogada en sangre. Desde entonces, el control militar o paramilitar sobre movimientos populares o sindicales no abandonó nunca la vida del país. En 1979 tuvo lugar el golpe de Estado, que terminó originando un clima tal de agitación, que se hace difícil determinar con exactitud en qué momento se puede ya hablar de guerra civil y cuántos años, por tanto, ha durado ésta². Hasta los Acuerdos de Paz de 1992, se calcula en unas 75.000 las personas que mueren en este pequeño país de apenas cinco millones de habitantes en los inicios de la contienda y de seis millones en la actualidad.

Los Acuerdos de Paz promovidos por la ONU para El Salvador supusieron una experiencia única que convirtió a este pueblo en objeto de atención política mundial durante los primeros años de la década de los 90. Por primera vez parecía que la ONU acertaba a terminar con una situación bélica en el mundo. El esfuerzo por ello fue enorme. Estaba en cuestión el prestigio de las Naciones Unidas, comprometida en sacar adelante del modo que fuese este proyecto de pacificación. Se logró. La paz quedó firmada en los últimos minutos del 31 de diciembre de 1991 y comenzó todo el difícil proceso de reinserción y transformación política del F.M.L.N., la reducción drástica del Ejército, la implantación de una Policía Nacional de carácter civil, la reorganización del poder judicial, etc. ... El país inició una era de paz. *En El Salvador –se comentaba en un amplio reportaje publicado en El País³ – se hacen las cosas bien. Igual que han desarrollado el arte de matarse entre sí como pocos pueblos, pueden ahora demostrar una capacidad, todavía inédita, para entenderse.* Esa era la esperanza. Pero la realidad ha mostrado un rostro bastante diferente. De hecho, El Salvador ha pasado de la guerra a la paz, creciendo en la violencia. Resulta paradójico, pero los datos, en este sentido, lo demuestran fehacientemente.

El promedio de muertos durante la guerra (considerándola como de 12 años de duración) fue de 6.250. En los dos últimos años (los mejores registrados) el promedio anual de muertes violentas se situó en 8.506. El aumento, pues, en relación a los años de contienda se sitúa entonces en un 36%⁴. Hace tan sólo unos días la Televisión daba un promedio actual de 26 muertes violentas diarias en el país. De ser cierto como parece, El Salvador se habría situado en el primer puesto de violencia de todo el continente americano, rebasando así el triste record que hasta ahora ostentaba Colombia. Al cabo de un tiempo

² Si se parte de la ofensiva en 1981 serían 11 años de guerra, si el punto de partida se sitúa en la masacre que tuvo lugar en la Plaza Libertad el 28 de febrero de 1977 serían 14 años, si se considera como inicio el nacimiento de la guerrilla –en 1970- habría que hablar entonces de 21 años.

³ A. CAÑO: "El fin de una locura", *El País*, 5 de enero de 1992.

⁴ Según la Organización Panamericana de la Salud, El Salvador ocupa el segundo lugar en la tasa de muerte de sexo masculino por causas externas (homicidios, accidentes, suicidios) de toda América. INSTITUTO UNIVERSITARIO DE OPINIÓN PÚBLICA (IUDOP), "La violencia en El Salvador": *ECA Estudios Centroamericanos* LI (1996) 240-249.

análogo al de la guerra, los muertos oficiales por violencia se situarían en 102.072. La mayoría jóvenes de escasos recursos, como en la guerra⁵.

Así, pues, se ha pasado de unas condiciones en las que la violencia se encontraba organizada en los ejércitos, dirigida hacia unos objetivos específicos y en función de una ideología determinada, a una situación de violencia dispersa, diseminada, sin organizar ni contar con ningún tipo de planteamiento ideológico. La agresividad no es ya función de lucha por unos ideales del corte que fuesen (“patria”, “orden”, “seguridad”, por un lado, o “justicia”, “libertad” y “democracia”, por otro). Ahora la violencia es la expresión de un sistema social deteriorado en sus raíces más profundas. Deja de instrumentalizarse en favor de un cambio social, como quiera que éste se le entienda desde las diversas posiciones ideológicas, para pasar a convertirse en una mera fuerza destructora sin dirección ni sentido. *Mire* -decía una vieja campesina- *ahora es peor que en la guerra. Porque antes si uno no se metía en política, no lo mataban, ahora sí, en la casa puede estar y ahí lo matan.*

La violencia ha perdido la diana que la guerra le proporcionó. Ha dejado de poseer el carácter colectivo que la contienda le exigía y, dejando de aglutinar a los sujetos, se ha convertido en una cuestión meramente individual o de pequeños grupos. Puede surgir desde cualquier rincón y hacia cualquier objetivo. Ha llegado a convertirse así en una auténtica institución social, en una especie de “normal anormalidad”, que la va convirtiendo en la manera más habitual de resolver los conflictos. El mismo tráfico de la ciudad parece ilustrar de modo significativo esa dinámica de violencia generalizada. Es un contraste con otros países de la zona. El ritmo es absolutamente endiablado, caótico y ensordecedor. Los autobuses constituyen un medio de transporte que habría que calificar de alto riesgo: en un estado de conservación lamentable, compiten entre sí a velocidades increíbles para hacerse con el mayor número de pasajeros llegando antes a las paradas. Los accidentes son la norma. Constituyen además un lugar privilegiado para los asaltos violentos.

Un elemento de otro orden diferente, pero que parece contribuir también a acrecentar este clima generalizado de agresividad es el de la superpoblación del país, sobre todo, si se le compara con las otras regiones de Centroamérica. En 1950 la población no llegaba a dos millones y la densidad demográfica era de 93 habitantes por Km². En 1996 la población es, aproximadamente, de 6.000.000 y la densidad demográfica de alrededor de 300/km². Es -se dice- la “cultura del apretuje”, o del “apretonazo”. Estas condiciones demográficas parecen estimular la lucha por la vida, la competencia y la rivalidad mutua. El salvadoreño es reconocido entre sus vecinos centroamericanos como notablemente dinámico, activo y de un “alto voltaje” energético⁶.

Los medios de comunicación, por su parte, acrecientan en muchas ocasiones la morbosidad de la violencia, pareciendo transmitir el mensaje de que nos encontramos

⁵Según los datos de la prensa escrita, en 1995 se produjeron 988 víctimas, 451 de ellas llevadas a cabo por desconocidos, 352 como efecto de la delincuencia común, 90 por circunstancias desconocidas, 46 por explosión de granada, 23 bajo tortura, 17 por los escuadrones de la muerte, 9 por la policía y el ejército. Cf. *Ibíd.*

⁶ Cf. I. MARTIN-BARO: “Algunas repercusiones psicosociales de la densidad demográfica en El Salvador”, en: *Psicología, ciencia y conciencia*. UCA Editores. San Salvador 1984 (3ª) 429-442.

absolutamente desprotegidos por el Estado y de que cada cual ha de mirar el modo en que mejor se defiende. Armas no faltan. Proliferan sus negocios de venta y se anuncian alegremente en la prensa, a muy bajos precios. Las más mínimas empresas o, incluso, los pequeños comercios cuentan con sus guardias de seguridad armados legal o ilegalmente. La práctica, durante años de guerra, de imponer la voluntad mediante golpe de gatillo acelera la predisposición al disparo fácil⁷. La espiral se genera de inmediato: con tanta arma de por medio, parece obligado tener con qué defenderse. La violencia, pues, parece impregnarlo todo. Es, desde luego, mortal y destructiva. No es gratuita, sin embargo.

De la guerra a la paz sin pasar por la justicia

La frustración es muy grande. Y muy profunda. Tanto muerto, tanto destrozo, tanta pérdida durante estos doce años de guerra para acabar como antes. Quién sabe si peor. La terrible lucha dejó intacta a la injusticia. La situación social del país sigue mostrando la marca de una cada vez más implacable economía de mercado, estimulada internacionalmente y que, siguiendo su dinámica propia, ahonda cada vez más las distancias sociales. Las tasas de desempleo o subempleo se sitúan ya alrededor del 60% de la población. El estilo capitalista neoliberal se hace cada día más ostensible desde que acabó la contienda: los grandes centros comerciales, con todo el lujo de las sociedades opulentas de occidente, proliferan a la vista de una población que vive a nivel de pura subsistencia. La frustración que así se genera se presenta como un motivo más fuerte para robar que el de la misma hambre. Y hambre tampoco falta⁸. A la vista además de la plaga de McDonald, Pizza Hut, y Mister Donut que se extienden con una rapidez increíble por todas las áreas de las grandes zonas urbanas. Tras una guerra, pues, que se inició esencialmente como una aspiración a la justicia y a la igualdad, parece que tan sólo quedó el arma en la mano y la frustración en el alma.

De otro lado, el nivel de corrupción institucional alcanza unos niveles que parecen surgir como de un mítico Macondo de García Márquez. Particularmente, la de la justicia, donde la puesta en práctica de los Acuerdos de Paz se ha revelado especialmente ineficaz. La aplicación selectiva de las leyes, el soborno, la incompetencia, el analfabetismo jurídico están a la orden del día. El sentimiento generalizado es el de que la impunidad se impone, sobre todo, cuando se trata de la actuación criminal de los miembros pertenecientes a los altos niveles de la vida social.

Los sistemas de seguridad pública, por su parte, se muestran absolutamente incapaces de asegurar su misión. La nueva Policía Nacional Civil (PNC) fue creada precipitadamente al final de la guerra, con una polémica incorporación del 20% de los

⁷ No ha sido extraño en El Salvador que el campesino resuelva a golpe de machete los líos de faldas o que colegiales burgueses solucionen contiendas deportivas a golpe de cadena y cinturón, como ya ocurrió hace algunos años en unos famosos campeonatos de baloncesto colegial. Cf. I. MARTIN-BARO, *Acción e ideología. Psicología Social desde Centroamérica*, UCA Editores, 1983, 384.

⁸ El salario mínimo de un salvadoreño, según ha sido ratificado recientemente, es de 1.150 colones (unas 17.000 ptas.). No existe ningún tipo de subsidio de desempleo y los servicios de Seguridad Social son mínimos.

ejércitos previamente enfrentados. Sin la adecuada preparación, fue enviada con sus pequeñas pistolas a patrullar por la calle para que hiciera frente a los basucas que surgían por doquier desde los zulos creados al final de la contienda. La delincuencia policial, por lo demás, es patente, como el desinterés por atajarla.

La represión política, a pesar de lo firmado en los Acuerdos de Paz, está lejos también de haberse detenido. La exaltación y culto de figuras que propiciaron la represión y el asesinato desde el poder, las amenazas de muerte a intelectuales que ejercen la legítima crítica del gobierno, la indudable persistencia de los “escuadrones de la muerte”, la falta de respeto a los derechos humanos, siguen brindando un clima generalizado de represión y arbitrariedad al conjunto de las relaciones sociales. El Estado, más bien, parece legitimar la violencia institucional para lograr objetivos: así ha sido con la aprobación de la ley de emergencia y, en estos días, con las proclamas del presidente de la República a favor de la pena de muerte. Todo ello, contando con la legitimación religiosa del ultraconservador Arzobispo de San Salvador, Mons. Fernando Sáenz la Calle, miembro del Opus Dei e impuesto por la jerarquía eclesiástica para cortar de raíz con la línea abierta por Mons. Óscar Romero, asesinado por su denuncia de la violencia y la injusticia en el país.

Se puede decir, pues, que las condiciones que gestaron la guerra se mantienen, si no aumentadas. Lo cual hace comprender que con el final de la contienda, la violencia no haya podido controlarse ni frenarse. Las causas fundamentales persisten y generan otro tipo de guerra, más cruenta incluso, aunque no se trate ya de una guerra oficial. No es, en efecto, una guerra de bandos ideológicamente enfrentados, sino de una situación de guerra informal, provocada desde una profunda desintegración de los esquemas de convivencia.

La frustración es difícilmente manejable. Los muertos en la guerra parecen no haber servido para nada. Antiguos líderes guerrilleros se han instalado junto a la alta burguesía, pactan y se alían con el partido de la ultra-derecha en el poder, mientras emprenden estudios de altos vuelos en la Universidad de Harvard. Muchas familias entregaron a sus miembros por la lucha que entonces ellos representaban. El resentimiento es hondo. Un resentimiento, sin embargo, que no todo él desemboca en fatalismo y desesperación. Como atinadamente expresó Carlos Castilla del Pino, se constituye también en factor importante para realizar una evaluación y no renunciar al cambio⁹. Las *maras* (y con ello venimos a nuestro tema), a su modo, lo intentan.

Ruge la marabunta

Dicen que el término “*mara*”, con el que desde hace años se denominan en El Salvador a los grupos delincuenciales juveniles, es una apócope de marabunta, que según la expresión de un componente de ellas es el *nombre de unas hormigas que son bien bravas*,

⁹ C. CASTILLA DEL PINO: “Para una sociogénesis del resentimiento”, en: I. MARTIN-BARO (Comp): *Problemas de psicología social en América Latina*, UCA Editores, San Salvador 1976.

que siempre andan en bandadas, y que, cuando atacan, no se les salva nada¹⁰. Las *maras* salvadoreñas poseen evidentemente, semejanzas importantes con otras agrupaciones juveniles violentas que se desarrollan en el seno de las sociedades occidentales. Presentan, sin embargo, elementos muy específicos que las diferencian de otras agrupaciones y que le prestan un particular interés psicosociológico. Repasemos sus características más notorias¹¹.

Las *maras* son agrupaciones que pueden llegar a disponer de más de mil miembros. Algunas de ellas cuentan con 1.500 ó 2.000 sujetos repartidos en toda la superficie del país, así como entre la colonia salvadoreña residente en Estados Unidos de América, donde algunas de ellas encontraron origen y desde donde siguen recibiendo importante apoyo de todo tipo. Las primeras *maras* ("Thriller", "Gallo", "Chancleta") surgen en los años 80. A partir de los 90 reciben un gran impulso con las que proceden de la población salvadoreña implantada en Los Ángeles. Existen como cuarenta o cincuenta *maras* conocidas y el número de sujetos pertenecientes a ellas se supone que anda por, alrededor, de 20.000. Entre las más conocidas están la "Salvatrucha" y la "M-18", ambas surgidas en USA, la "Máquina", la "Mau-Mau" o la recientemente, en parte, desarticulada de "los ex-combatientes" que cuenta con 22 muertes en su haber¹². Otro tipo diferente de *maras* son las estudiantiles. En ellas, no es el barrio el elemento constituyente y configurador, sino el centro escolar, su estilo y su uniforme. El elemento delincencial no se encuentra del mismo modo presente, aunque, generalmente los miembros de las *maras* estudiantiles acaban convirtiéndose también en delincenciales. Su acción violenta se lleva a cabo en contiendas a base de pedradas y, no con armamento, como las restantes. Hay profesores infiltrados en las *maras* estudiantiles y policías en las delincenciales. Es "ley" no mezclarse en contiendas con *maras* de un orden diferente.

Las *maras* poseen una organización de mayor complejidad de lo que, a primera vista, se pudiera pensar. Generalmente se componen de pequeñas comunidades insertas en los barrios de la ciudad (surgen ya también en pequeños núcleos rurales) y ligadas e identificadas de modo fundamental con el espacio que delimita a esa colectividad urbana (la *cancha*)¹³. La pequeña comunidad es la *clika*, la familia, la tribu, el clan, cuya extensión puede ser muy variable, según zonas. Entre 20 o 30 miembros (los *jamboys*, hermanos, colegas) suele ser lo habitual. El grupo, generalmente, vive junto en un espacio común, el *destroyer*, formando una comunidad en la que comparten todo. A otro nivel, se admiten elementos simpatizantes.

¹⁰ Cf. F. A. ESCOBAR: "Por mi madre vivo y por mi barrio muero. Una aproximación al fenómeno de las *maras*": ECA. *Estudios Centroamericanos* LI (1996) 327-349; UNICEF, *Juventud y violencia en El Salvador*, San Salvador, abril 1996.

¹¹ Los datos que siguen a continuación me fueron proporcionados en su mayoría por un grupo de chicos que habían pertenecido durante un tiempo a la *mara* Salvatrucha así como por sus educadores actuales. Los datos y términos empleados pueden cambiar respecto a otras *maras*. La información escrita al respecto es escasa.

¹² La "M-18" surge en Los Ángeles con prevalencia de población mejicana. Cuando algunos jóvenes salvadoreños intentan incorporarse a ella, son rechazados. Surge así la otra gran *mara*, La "Salvatrucha", actualmente más importante que la primera y su rival más peligroso.

¹³ Las *maras* proliferan en las áreas metropolitanas de San Salvador (Ciudad Delgado, Soyapango, Ilopango, San Martín, Apopa).

Los lazos fundamentales han de establecerse entre los miembros de la misma *clika*, imponiéndose sobre los de carácter biológico o de cualquier otro tipo. Han de *desalojarse* totalmente de la propia familia. Robarle a la propia madre o propinar una paliza a un hermano pequeño puede constituir una buena prueba para incorporarse a la *clika*. Queda asegurado de ese modo dónde se sitúa el compromiso básico y la vinculación afectiva de base. *Hay que entregarse por derecho*, se dice. La solidaridad se convierte así en la virtud suprema. Ruge la marabunta cuando uno de sus miembros puede verse en peligro.

La *clika* tiene siempre un líder, un jefe, un *macizo*, conocido por su correspondiente "alias" (*El Conde, el Rambo, el Muerto, el Gorila...*). La veteranía, la fortaleza física, la capacidad de organización, la procedencia como deportado desde Estados Unidos o la reclusión en cárcel constituyen puntos importantes para aspirar al liderazgo. Ha de ser reconocido expresamente por todos como autoridad indiscutible. Por ejemplo, ha de ser siempre el primero en ser saludado. Lo contrario es corregido con un castigo, generalmente físico. Una jerarquización del grupo se va imponiendo de modo espontáneo, pero claro. Los débiles en el seno de la *clika* se verán así forzados a realizar las labores más ingratas o humillantes.

Existen unos rituales precisos de incorporación y salida de la *mara*. Para incorporarse, el rito de iniciación es el de recibir una tremenda paliza, propinada por los 4 ó 5 sujetos más fuertes y previamente designados por el líder. Es la *brinca*, o el *bautizo*. En la *mara* "Salvatrucha" el tiempo señalado para soportar los golpes y patadas es de 13 segundos (¿ligados a la calle 13 de Los Ángeles donde tiene su origen?). En la *mara* "M-18", son 18 segundos. Para las chicas (*mamis, rucas o chavas*) el rito es el de pasar por la relación sexual con los 4 ó 5 designados o, si lo prefieren, recibir también una tunda de golpes propinados por las otras componentes del grupo. Generalmente es mayor el número de componentes masculinos. Existe, sin embargo una *mara*, la "M-14", compuesta exclusivamente por chicas. Se le atribuye la violación de más de un varón.

Los ritos de salida están también acordados: dar *luz verde*. De nuevo será una paliza (la *desbrincada*) que, en ocasiones, puede ir acompañada de dos navajazos de consecuencias imprevisibles. La traición, no salirse *por la regla*, puede ser castigada con la muerte. En el caso en el que la *jaina* (compañera) quede embarazada se concede la *luz verde* sin más problema.

La *clika* se reúne semanalmente en la *miri*. La falta a la reunión es castigada con un *descontón*: agresión física o pago de una cantidad de dinero. En la *miri* se resuelven los problemas internos, se programan acciones y se paga la cuota según lo acordado por cada *clika*. El dinero (*feria*) es empleado en el sustento, la compra de armas (que va desde la pistola y el fusil hasta lanzagranadas y basucas), de pintura para los murales, o, asunto bien importante, el soborno de los jueces. Los *macizos* de cada *clika* se reúnen quincenalmente en una asamblea de jefes, dentro de la misma ciudad para debatir problemas comunes.

Uno de los elementos más significativos de las *maras* es el acopio de una simbología y un lenguaje propio que les definen ante sí mismos y ante el resto del cuerpo

social. La vestimenta es ya prototípica y de influencia claramente norteamericana: ropa muy ancha, camisa generalmente de manga larga abrochada hasta el cuello y pantalones amplios. El cabello muy corto y deportivas como calzado. La fusión de lo gringo con lo salvadoreño se deja ver en el predominio y querencia por los colores de la enseña nacional: blanco y azul. La M-18 deja ver su preferencia por el rojo, presente en la bandera mejicana. Poseen un argot propio de gran riqueza de vocabulario y expresiones (su *caliche*)¹⁴. Y dentro del sistema de comunicación hay que destacar también como elemento especialmente significativo el complejo lenguaje de signos rápidos con las manos, al modo del lenguaje de los sordomudos.

El tatuaje forma parte esencial como signo de pertenencia (*placazo*). Es la marca indeleble. Su mayor profusión en el cuerpo expresa un mayor grado de incorporación y pertenencia, así como de acciones valerosas llevadas a cabo. Funcionan, pues, al modo de condecoraciones. En ellos, así como en los grafitis y murales, llama la atención la profusión de elementos religiosos. Crucificados y vírgenes predominan junto a citas bíblicas y plegarias de todo tipo. La imagen de Cristo es símbolo preferido dentro de la *mara* Salvatrucha. La Virgen de Guadalupe predomina en los *placazos* de la "M-18". El signo manual de cornamenta con uñas amenazantes (*la garra*), es símbolo común a más de una *mara*, si bien en cada una de ellas adquiere fisonomía particular. Signos de carácter satánico se entremezclan con esos otros de la religiosidad popular. Los miembros muertos se dejan ver mediante el tatuaje de una lágrima en el rostro de los componentes de su *mara*¹⁵.

La demarcación y el culto al propio territorio constituye un elemento fundamental en la dinámica identificadora de la *mara*. *Por mi madre vivo, por mi barrio muero... eso le da fuerzas a uno, pues*. La identificación de sí con el espacio demarcado se vuelve razón de vivir. Ese espacio simbólico se delimita con grafitis y vistosos y multicolores murales defendidos celosamente. Si para ello hace falta, con vigilancia nocturna permanente. Es el modo de impedir que puedan ser *cruzados*, *tachados* por miembros de la *mara* enemiga. *Mi barrio es amor, mi barrio es pasión, mi barrio es mi cule* (cuelgue).

Las acciones fundamentales de la *mara* se centran en la defensa del propio ámbito y el ataque a lo que está más allá, a lo "otro", lo diferente; otros barrios, otras razas, otras clases sociales o la policía (*la jura*). El robo y el asalto se hacen obligados para la adquisición de droga (desde el alcohol o marihuana a la coca o el simple pegamento: el *huelepega*) así como para asegurar el propio sustento.

Las *maras* en muchos casos poseen sus conexiones. Pueden aliarse con bandas de carácter puramente mafioso. Robar armas para la banda será entonces una actividad de la *mara*. Asaltar para revender a comerciantes es práctica también frecuente. (*¿Aguantás la pila* (el rollo), *vos? Fíjate que el viejo cerote* (mojón) *de la tienda de la esquina manda a los*

¹⁴ Sólo con miembros procedentes de *maras* pude descifrar una serie de expresiones que fui encontrando a lo largo del trabajo.

¹⁵ El tatuaje representa, por otra parte, un serio obstáculo cuando un sujeto decide salir de la *mara* para reincorporarse al resto del cuerpo social. Los *manchados* cuentan con muchas dificultades para ser admitidos en un colegio, encontrar trabajo, etc. En algún caso, lo han eliminado quemándose la piel con una plancha.

chavos de la marita de allá abajo a que vayan a güeviar (robar), y después les compra las mierdas bien baratas. ¡Putá! ¡Al bote lo deberían de zampar! ¡Viejo mamón, que hasta cholco (desdentado) se ha quedado!). En ocasiones se pueden ver a algunos elementos de las *maras* que son recogidos en sus barrios marginales por microbuses lujosos y bien armados a la media noche. La sospecha de apadrinamiento de las clases instaladas es prácticamente una certeza. En muchas ocasiones, ciertamente, han jugado un triste papel amparando acciones de los pervivientes "escuadrones de la muerte". Las conexiones con el narcotráfico son también evidentes en muchos casos. Las *maras* proporcionan un buen ejército de "camellos" (aquí, "mulas")¹⁶.

Mi vida loca

Evidentemente, el fenómeno de las *maras* responde a una dinámica social de conjunto y no se puede comprender sin ella. Presenta elementos comunes a los de otras sociedades occidentales adentradas en el sistema urbano y otros rasgos que son más específicos de la particular situación social y política de El Salvador. La complejidad de causas que interactúan hacen, pues, que el intento de interpretación psicosocial resulte bastante más problemática que la descripción de lo que es el puro fenómeno. Se ofrecen explicaciones según el *modelo mosaico*, en el que se integran hipótesis de orden diverso: ecológicas, psicológicas, socio-económicas, políticas o bélicas¹⁷, o bien se interpreta desde una hipótesis global, que sería de la salud mental de base. Las *maras* y, en general, la delincuencia juvenil habría que considerarlas, desde esta perspectiva, como un fenómeno a integrar dentro de la circularidad sistemática de la violencia general¹⁸.

Las *maras* constituyen un síntoma elaborado y, hasta cierto punto, bien definido dentro del deteriorado sistema social del país. Síntoma entendido también en el sentido descrito por G. Gervis, como expresión del mejor grado de salud mental posible en una situación de deterioro humano, de extremas dificultades materiales, de desdicha, de soledad y de marginación social¹⁹. El síntoma niega y revela al propio sistema. Formación de compromiso, en su sentido más estrictamente freudiano.

Las motivaciones económicas, las manipulaciones socio-políticas, los factores culturales puestos en juego resultan innegables. Las *maras*, sin embargo, responden a una cuestión más de fondo, comprensible tan sólo cuando se tiene en consideración el sistema de relaciones básicas en el que se encuadran. Las bandas de crimen organizado con las que a veces entran en relación poseen unas motivaciones y unos objetivos bastante más limitados, definidos y evidentes. En el caso de las *maras*, el aspecto delincencial que les acerca a esas bandas del crimen, resulta, por así decirlo, casi tangencial. La delincuencia es instrumento, no finalidad (*Andá -me decían- quitá la gorra a ese chamaco, y si brinca, lo acostá de una*

¹⁶ Cf. F.A. ESCOBAR, *Ibíd.*, 239-243.

¹⁷ Cf., *Ibíd.*

¹⁸ Cf. E. SISTI: "Utilidad ideológica de las maras". *Proceso* 16 (1996) 10-11.

¹⁹ G. JERVIS: *Manual crítico de psiquiatría*. Anagrama, Barcelona, 1979.

patada. No era cuestión de que yo tuviese necesidad de una gorra: era cuestión de un reto, de un desafío).

Existen cuestiones más de fondo. El sujeto que se integra en una *mara* está dejando ver un tejido social en el que la constitución de sí mismo, la construcción de la propia identidad, resulta algo que más que problemática. Muchos elementos juegan en ello. El familiar de un modo muy determinante. En El Salvador, más de la mitad de la población vive fuera de hogares constituidos²⁰. La guerra destruyó, dispersó y deterioró a un número importante de núcleos familiares. *Mi madre se fue a Italia antes de acabar la guerra y hace cinco años que no sé nada de ella. Mi padre no sé quién es.* Afirmaciones de este tenor se podría oír indefinidamente entre los jóvenes pertenecientes a las *maras*. El dato es tan manifiesto que apenas merece la pena insistir más en él. Baste señalar, como hecho significativo, que cuando un miembro o una pareja sale de la *mara*, "según la regla" por tener un hijo, éstos se verán obligados a dar buen ejemplo en el orden familiar. De otro modo volverán a caer bajo el dominio de la *mara*. Parece expresarse así la nostalgia por lo que nunca se tuvo.

Las *maras* salvadoreñas hay que entenderlas también como coletazos de la guerra. La mayor parte de los componentes de estas agrupaciones se hicieron niños o adolescentes en medio de un clima de tensión bélica permanente. Vivieron su infancia o adolescencia enclaustrados por el estado de sitio, por el toque de queda, la ley marcial, por las frecuentes ofensivas y contraofensivas, y un sonido de disparos y granadas casi permanente. Ya Ignacio Martín-Baró, a quien no le permitieron ver el final de la contienda²¹, preanunció el grave problema que se le avecinaba a El Salvador a partir de la situación traumática de los hijos de la guerra. Sujetos que estructuran su identidad desde un entramado de violencia, irracionalidad y mentira y que se ven marcados por toda una secuela de conflictos derivados de las situaciones terriblemente traumáticas que tuvieron que vivir. La desensibilización, la frialdad emocional, las reacciones paranoides y el recurso a la violencia como respuesta para resolver los problemas que plantea la existencia son pautas de conducta que tienden a establecerse. Sin duda, también, como se evidencia en las relaciones dentro del seno de la *mara*, el profundo sentido de la solidaridad y del sacrificio por el compañero²². A la situación bélica en la que crecieron hay que añadir en la post-guerra, un sistema de relaciones sociales corrompido en sus instituciones básicas, excluyente y generador también de frustraciones profundas en su escasez de oportunidades y en su sobreabundancia de incitaciones al consumo y desarrollo de nuevas necesidades.

²⁰ Información proporcionada por Luis Cardenal en la Cátedra de Análisis Nacional de la Universidad Centroamericana UCA, el día 29 de agosto de 1996.

²¹ IGNACIO MARTIN-BARÓ, que dedicó gran parte de su labor investigadora en psicología social al tema de la violencia, fue asesinado por el Ejército de El Salvador junto a Ignacio Ellacuría, el resto de la comunidad jesuita y la asistente y su hija que les atendían en la Universidad Centroamericana (UCA) el 16 de noviembre de 1989.

²² Cf. I. MARTIN-BARÓ: "War and the Psychological Trauma of Salvadoran Children", en: *Writing for a Liberation Psychology*, Harvard University Press, London 1994. 122-135; Guerra y salud mental: *ECA Estudios Centroamericanos: XX-XIX* (1984) 503-514. Muchos componentes de las *maras* se vieron obligados a combatir y a matar a despecho de los propios deseos o, encontraron en la contienda la posibilidad de sobrevivir y de buscarse un futuro que ahora se ha mostrado sin salida.

Desde ahí, la *mara* ofrece, fundamentalmente, una doble posibilidad. De una parte, la de proporcionar una apoyatura a la identificación inestable y, por otro lado, la de brindar un espacio comunicacional y afectivo bien delimitado.

El contexto social tan gravemente deteriorado da lugar a un profundo subdesarrollo yoico. A falta, pues, de una "*piel psíquica*", generada en un contorno humano bien constituido y que preste la posibilidad de contener el propio mundo emocional disperso, el marero parece intentarlo desesperadamente mediante el desarrollo de una "*piel muscular*", hecha de fuerza física y violencia. *Sumamos puntos cuando le damos verga*: sólo mediante la violencia parece poder encontrar la posibilidad de identificarse a sí mismo, de adquirir la fortaleza interna que permita tolerar la presencia y la relación con la alteridad, con la diferencia que, peligrosamente, le rodea y se le acerca. La identificación con el espacio simbólico del barrio, reforzada eficazmente por los violentos ritos de iniciación, el prestigio concedido a la fuerza física, las acciones delincuenciales, todo ello parece contribuir a la creación de esa piel muscular, contenedora de ansiedades que, a pesar de todo, se dejan traslucir en muchas de las expresiones frecuentes del marero: "*el amor es un pedo*", "*perdona padre*"²³, o una de las más significativamente repetidas, "*mi vida loca*". La identificación y el perfil que, a su vez, la sociedad hace de ellos a través de los medios de comunicación y de los mensajes políticos, contribuye a reforzar, sin duda, la propia imagen de sí.

Todo parece hablar de un modo violento de adquirir la identidad, utilizando retazos dispersos y, con frecuencia, hasta contradictorios. Elementos de la cultura gringa junto a los de la propia tradición (patria y bandera), lo psicodélico junto a elementos de la religiosidad popular, lo santo junto a lo satánico. Se incorporan, pues, rasgos a la vez deseados y rechazados de un sistema del que son expresión, más que auténtica oposición. *Mi vida loca*, expresa esa tensión inherente a una identidad construida a base de violencia, compuesta de elementos bien contradictorios. Identidad, en definitiva, que deja ver el intento abortado de una rebelión y de una independencia imposible frente al sistema en el que nace.

Junto a la posibilidad de lograr un cierto nivel de identidad propia, la *mara* ofrece también un espacio comunicacional y afectivo alternativo al que, de modo tan deficiente, les ofreció la estructura social. La familia es sustituida por la *clika*, los hermanos por los *jamboys*. Como señala E. Silvi, la *mara* es como una especie de "aldea psíquica" que preserva de la aventura que es la vida en el exterior. Los vínculos amorosos quedan recluidos en el propio grupo y en su espacio simbólico: *mi barrio es amor, mi barrio es pasión, por mi barrio muero*. Esos vínculos prestan la fuerza cohesiva necesaria para sobrevivir en el campo de la violencia del sistema. El Yo es apuntalado, sustituido a veces, por el "nosotros" de la *mara*, que se convierte así en un ente autónomo de sensación, intelección, afectividad y acción. La *mara* es, de este modo también, un claro intento de

²³ La presencia de intensos sentimientos de culpabilidad constituye un elemento significativo (y que merecería estudio particular) en el conjunto de las expresiones verbales o simbólicas de las *maras*. En un trabajo de campo realizado por algunos de mis alumnos de la Universidad Centroamericana (UCA) sobre las representaciones religiosas en el seno de las *maras*, sobresale como dato especialmente significativo la impregnación de culpabilidad que preside su actitud religiosa.

resocialización. Empeño que toma cuerpo mediante los ritos de incorporación o exclusión, la férrea organización interna, las leyes exigidas a rajatabla y también con las nuevas posibilidades de fraternidad, de mutua protección y de calor afectivo. Equivalentes simbólicos de lo paterno y lo materno son fácilmente identificables en la estructuración imaginaria de la *mara*.

Ahora bien, si es verdad que el poder y el prestigio que la sociedad les negó se pueden encontrar en el seno de la *mara*, ello se lleva a cabo a costa de una importante dosis de autodestructividad: *Esta es la primera vez que me han visto como algo importante*, dijo un joven marero al ser detenido. Como señala E. Sisti, "sumar puntos" mediante la agresión es vivir, cambiar, pero, paradójicamente, ese cambio sólo lo puede llevar a cabo el marero destruyéndose. Es la vertiente dramática del síntoma. Las guerras míticas que llevan a cabo entre sí las *maras* dejan ver la ausencia de proyecto que vaya más allá de la (auto) destrucción. Su violencia, se revela así, como un mecanismo de defensa ineficaz y autodestructivo.

Un análisis en profundidad de la psico-dinámica de las *maras* dejaría ver con toda probabilidad una profunda búsqueda inconsciente de destrucción de sí mismo, donde la culpabilidad, por lo demás, parece encontrar, paralelamente, un importante desalojo. La pena de muerte, tan proclamada en estos días ¿no vendría a ejercer, contra lo que piensan sus propulsores, justo una atracción inconsciente considerable, unida también a la exaltación narcisista del héroe y de su omnipotente negación de lo que la muerte implica?

La ley es como una serpiente

Cada día se hace más notorio en la vida del país el empeño en confundir el problema general de la violencia con el mucho más particular de la delincuencia. Se produce así una elaboración ideológica que, malintencionadamente, simplifica y reduce el problema con el objeto de evitar el cuestionamiento que se seguiría de enfrentar sus auténticas causas. El hecho es que la violencia desborda las relaciones sociales del país desde hace mucho tiempo y que en ella se encuentran primordialmente implicadas sus grandes instituciones sociales. El problema de las *maras* viene a ser así ideológicamente utilizado para encubrir la violencia institucional y culturizada que impregna la vida de El Salvador. Se olvida que ellas son su síntoma, y ni siquiera el más grave.

Pero existe un llamativo mecanismo de negación del problema mediante su proyección sobre los grupos delincuenciales. El mal queda situado fuera a partir de la utilización de los falsos estereotipos de "buenos" y "malos" y, mediante un artificio, por tanto, de claro matiz esquizo-paranoide. Ley de emergencia, primero, intervención del ejército en las zonas rurales después²⁴, creación desde el poder de dudosas "juntas

²⁴ El Gobernador de San Miguel llegó a justificar los "escuadrones de la muerte" para combatir la delincuencia común.

vecinales"²⁵), pena de muerte reclamada ahora y, probablemente, impuesta en un margen de no mucho tiempo. Pero como dijo el Obispo Romero, *la ley es como una serpiente: sólo pica el talón de los descalzos*. El sistema, sin embargo, garantiza así la continuidad de su propia violencia, cerrando los ojos a la que, quizás, un día se le pueda venir encima. Parece, tristemente evidente, que el problema de la violencia en El Salvador no va a tener solución a corto plazo. El pronóstico es más bien sombrío. Son muchas y muy profundas las variables en interacción. Y no se percibe una voluntad colectiva para afrontarlas en sus auténticas raíces.

En cuanto a la problemática más particular de las *maras*, parece que exigiría un análisis interdisciplinar más hondo de lo realizado hasta ahora. Faltan, por lo demás, medios técnicos y económicos para emprender una acción mínimamente efectiva. Como señala E. Sisti, parece que el problema es más complejo que el de sustituir en estos muchachos la represión por el afecto. A nivel individual, esa sustitución será ciertamente necesaria, pero permanecer exclusivamente a ese nivel significaría caer en un romanticismo empalagador que elude el problema macrosocial. Es necesario introducir dinámicas efectivas que permitan un desarrollo como grupo operativo. De ahí, que las asociaciones que en la actualidad trabajan en las cercanías de estas comunidades delincuenciales se empeñen en proporcionar, junto a un clima cálido de comunicación, confianza y apoyo personal, instrumentos para la toma de conciencia del problema más amplio del país y, al mismo tiempo, procuran implicar también a esos jóvenes en una acción concreta de cambio social, político, ecológico y religioso de su propio entorno vital²⁶. Sólo de ese modo podrán lograr la fortaleza suficiente para resistir la violencia del sistema.

Bibliografía

ESCOBAR, F.A.: "Por mi madre vivo y por mi barrio muero". Una aproximación al fenómeno de las maras. *ECA. Estudios Centroamericanos* LI (1996) 327-349.

IUDOP: "La violencia en El Salvador". *ECA Estudios Centroamericanos* LI (1996).

JERVIS, G.: *Manual crítico de psiquiatría*, Anagrama, Barcelona 1979.

MARTIN-BARO, I.:

- "War and the Psychological Trauma of Salvadoran Children", en: *Writings for a Liberation Psychology*, Harvard University Press, London 1994, 122-135.

²⁵ Dichas Juntas fueron creadas por los organismos oficiales en mayo de 1995 como Órganos de autoprotección contra la delincuencia y como colaboradores de la Policía Nacional Civil. En estos días se promete su disolución siguiendo el consejo del Subsecretario de las Naciones Unidas en su visita de supervisión de los Acuerdos de Paz. Cf. IDHUCA: "Cuidado con las malas "juntas...": *Proceso* 17 (1996) 13-15.

²⁶ En el CREFORPC (Centro de recuperación y Formación Pastoral Comunitario) donde, esencialmente, recibí la información sobre la organización y dinámica interna de las *maras*, ese objetivo fundamental de toma de concienciase se lleva a cabo mediante la metodología de "las dos causas": descifrar activamente las causas externas de sus problemas y descifrar el modo en el que ellos pueden convertirse en causa eficiente de solución. Al mismo tiempo, los jóvenes se van implicando en tareas concretas de acción social dentro de la comunidad en la que viven.

- *Acción e ideología. Psicología Social desde Centroamérica*, UCA, San Salvador 1985.
- "Algunas repercusiones psicosociales de la densidad demográfica en El Salvador", en: *Psicología, ciencia y conciencia*. UCA Editores. San Salvador 1984 (3ª) 429-442.
- "El valor psicológico de la represión política mediante la violencia". *ECA Estudios Centroamericanos* XXX (1975) 310-327.
- "Guerra y salud mental". *ECA Estudios Centroamericanos* XXXIX (1984) 503-514.
- "La violencia en Centroamérica". *Revista Costarricense de Psicología* 12 (1988) 21-34.

SISTI, E.:

- *La violencia juvenil en El Salvador: una perspectiva psicosocial*, Mimeo, San Salvador.
- "Maras y cultura urbano-informático-consumista". *Proceso* 17 (1996) 12-13.
- "Utilidad ideológica de las maras". *Proceso* 16 (1996) 10-11.

UNICEF: *Juventud y violencia en El Salvador: el fenómeno de las maras*, San Salvador, abril 1996.